

“LA RAZA DE CAIN”

Novela de CARLOS REYLES

(Conclusión)

Reyles, al reproducir la realidad, ha seguido los moldes de la escuela realista, surgida en Francia ante la evocación del mágico cincel de los Balzac, Flaubert y Zola. Decía no ha mucho, en un artículo sobre el admirado autor de “Salambó”, que: “Gustavo Flaubert es jefe de escuela al crear con Mad. Bovary la novela tipo del género; obra que ha iniciado lo que nosotros entendemos por realismo, apenas esbozado en la colosal producción del más fecundo de los cerebros del siglo XIX, (me refería a Balzac), que reproduce la realidad de una manera objetiva e imparcialmente. Aunque estos caracteres no se encuentran claramente delimitados, catalogados en su obra, son la consecuencia inmediata a un análisis detenido de la misma. Ellos están entrecruzados indisolublemente; podríamos agregar, empleando una expresión más gráfica, que se hallan como anastomosados. Balzac apenas había indicado el camino a seguirse, pues antes de llegar al realismo, tal cual lo consideramos con el modelo de Flaubert, tuvo que pasar por toda esa inmensa obra, en la que se nos revela un soñador incorregible... , etc.” (1) He traído

(1) Juicio crítico sobre Gustavo Flaubert, publicado en “La Revista Nacional” del 18 de mayo de 1921.

a colación estas ideas mías, pues creo hallamos en ellas un punto de mira eficiente, para iniciar desde él, un somero análisis del realismo de Reyles, imitador de los tres grandes maestros franceses, atenuado discípulo de Zola. He dicho "atenuado discípulo de Zola". Carlos Reyles, quizás imbuído por las ideas preponderantes en la época en que escribió sus primeras obras, ha tenido temor de exponer con demasiada crudeza, las imágenes y emociones despertadas en su alma por el "alma" de las cosas. Debíó desechar esas prevenciones, pues poco o nada deben preocuparnos las huecas frases de los no menos huecos retóricos, y biliosos aristarcos husmeadores de errores y gazapos gramaticales. ¡Qué importa que ahulle la jauría! Debería haber repetido con Hugo aquella frase que nos revela todo un carácter, y que dice: "Hay gentes que hacen la crítica del Himalaya piedra por piedra. El Etna alumbró y vomita, arrojando su luz, su lava y sus cenizas; y los críticos las cogen y las pesan adarme por adarme. Pero entretanto el genio continúa la erupción. Su sombra es el anverso de su luz. El humo proviene de su llama. Sus precipicios son condiciones de su altura." Zola, soportando los denuestos de Loti, Lemaitre, Brunetiére, y algunos otros escritores biliosos y anti-cuados que juzgaban la literatura moderna de acuerdo con el criterio de las tres unidades de Aristóteles, el "Arte Poética" de Boileau y las reglas de Horacio, expuestas en la "Epístola a los Pisones", demostró al mundo su inmensa fortaleza de ánimo, y un espíritu dotado de una invencible energía, sintetizado en aquella frase de eterna recordación...: "si algo valgo, es porque estoy solo". No pretendo con estas ligeras consideraciones que Carlos Reyles debiera haber encarnado una nueva edición de Emilio Zola; lejos de mi ánimo tal pensamiento. Lo que hallo criticable, es que Reyles, en su vacilación, nos haya dado una obra

calcada en los moldes de un naturalismo desteñido, que nos hace añorar la verdadera novela que hubiera producido, de haber dado libre curso a la legítima inclinación de su espíritu, tan amplio como multiforme. El autor de "El Terruño", al imitar a Zola, ha tenido un error fundamental. Ha confundido, como lo habían hecho antes doña Emilia Pardo Bazán y el exclusivista Brunetiére, "determinismo" con "fatalismo", y podemos llegar a la conclusión de que los personajes de Zola son deterministas; los de Reyles, fatalistas. Cacio, Guzmán y Menhaca, obran movidos por una "voluntad suprema" que les ha señalado de antemano el camino a recorrer, y ese derrotero no puede ser variado por ningún influjo bienhechor. Son seres destinados a padecer las crueles vicisitudes de un destino adverso, creo haber dicho al comenzar este estudio, y aquí vuelvo a recordar mis palabras de entonces, como una síntesis de mi concepto sobre el fatalismo de esta novela de Reyles.

Si aceptáramos de plano las innumerables objeciones que se le han hecho al naturalismo en general, tendríamos que admitirlas, aunque en menor grado, en cuanto a las creaciones de Reyles, que como ya he dicho es un atenuado discípulo de Zola. Reyles, en "Beba" y en "El Terruño", y aún en "La Raza de Caín", trae cuadros de un verismo admirable, escenas tomadas al natural; pero lo que lo aleja un tanto del "modo" descriptivo del maestro, es que ha vertido en esos cuadros y escenas una gran dosis de entusiasmo, apartándose de la verdadera escuela naturalista, impasible y fría, que jamás se conmueve por nada, ni hostiliza nada, y ejecuta sus obras indiferentemente. Desterrado el yo, el arte naturalista es arte puro y escueto. Aún en los pasajes más "naturales" de las obras de Reyles, hallamos siempre belleza. Es que la belleza, ha dicho Pérez Petit, "como la poesía, no está reñida con el arte naturalista. Sí, puede hacerse poesía, pero no

la que brota únicamente de la armonía de los adjetivos, del alisamiento de los tropos y de la construcción de la frase; sino esa que surge del concepto y de la idea, como una emanación y como un hálito; poesía que no llegue a nuestro oído por el ritmo y la dulzura, sino que penetre más hondo, hasta la esencia del alma, para hablarle de sensaciones que son la vida y el amor; poesía que no asaetea la retina con flechas de oro, sino que se incrusta en el corazón como un dardo de diamante para hacerle sentir y para hacerle vibrar!" (1) Estos conceptos del inteligente crítico compatriota, expresan exactamente el sentir moderno en cuanto al "arte naturalista", cuyas creaciones han sido tan convertidas en los últimos tiempos.

Reyles, con "La Raza de Caín", no sólo ha creado una obra realista, sino que ha hecho una novela psicológica de alto fuste, como ya he tenido oportunidad de demostrarlo. En este aspecto de la obra, es de anotarse la poderosa influencia de Stendhal. Stendhal, es el pseudónimo que oculta a Enrique Beyle, iniciador o precursor del género psicológico, que más tarde cultivarían con tanto éxito Bourget en la novela, y Taine en sus admirables estudios críticos. La brillante penetración en el análisis, que admira en Stendhal, y la exacta reproducción de la realidad, que prepararía el advenimiento de la escuela realista, también lo advertimos en "La Raza de Caín", obra que armoniza eficazmente al psicólogo y al novelador sereno e imparcial. Stendhal, creando la novela realista-psicológica, contribuyó poderosamente a la derrota del romanticismo, que ya se batía en retirada.

Reyles, en nuestro país, aseguró el triunfo del realismo, sobre el género romántico. "Fue en 1888, con el primer libro de Reyles, "De la Vida", cuando obtuvo

(1) "Zola", por Víctor Pérez Petit, pág. 30.

patente de curso el naturalismo de Zola en el Uruguay", (1) ha dicho Ventura García Calderón.

Como hemos podido apreciar a través de este somero análisis de "La Raza de Caín", son muchas las influencias extranjeras que han obrado sobre Reyles, al concebir esta novela. Pero no obstante, volveré a repetir lo dicho en párrafos anteriores, que los personajes, aunque calcados en moldes importados, toman carta de ciudadanía literaria, y se adaptan perfectamente a nuestro medio. Esta novela de Reyles, guarda una estrecha afinidad con aquellas de sus obras, que han bregado por la creación de una literatura netamente americanista, inspirada en las grandezas de la propia tierra, en sus glorias y tradiciones, tendiente a hacer "fuerte obra americana, clara, comprensible, educadora de la raza, y no enfermiza ni decadentemente exquisita". (2)

ALFREDO S. CLULOW.

(1) Ventura García Calderón. "Semblanzas de América", pág. 163.

(2) Esta frase del reputado escritor ecuatoriano Alejandro Andrade Coello, ha sido tomada de una carta al que esto escribe; que la reproduce, como homenaje al preclaro cultivalor de lo que llamó el maestro "americanismo literario".